

Introducción

*Mario López-Martínez**
UNIVERSIDAD DE GRANADA

Durante la Guerra Fría se consolidó un campo entre disciplinas que no sólo estaba interesado en estudiar la guerra como fenómeno político y global en una sociedad de masas, sino que estaba motivado por cómo desarrollar y extender condiciones para una paz duradera y justa. Nació la *Peace Research* o los *Peace Studies*.¹

Desde la Ilustración la paz había sido una preocupación creciente. Importantes intelectuales como William Penn (*Essay Towards the Present and Future Peace of Europe by the Establishment of an European Dyet, Parliament or Estates*, 1693), el Abate de Saint-Pierre (*Mémoires pour rendre la paix perpétuelle en Europe*, 1713), Jeremy Bentham (*Plan for Universal and Perpetual Peace*, 1786) o Immanuel Kant (*Zum ewigen Frieden, ein Philosophischer Entwurf*, 1795), son solo algunos de los más notables pensadores que escribieron sobre proyectos de paz para Europa.

Las guerras napoleónicas y la crisis irreversible del Antiguo Régimen aumentaron el interés por encontrar las vías de la paz. Las «Peace Societies» que surgieron en el primer tercio del siglo XIX en Londres, Nueva York, París o Ginebra, juntaba a filántropos, poetas, librepensadores, economistas y filósofos muy preocupados por los desastres producidos por las guerras. Pronto percibieron que éstas no eran manifestaciones naturales o algo consustancial a la naturaleza humana sino instrumentos muy peligrosos al servicio de la política de los nuevos Estados-nación. Fenómenos como el «pueblo en armas», el patriotismo y el nacionalismo, la tecnología a favor de la guerra, o las crecientes necesidades productivas de la industria habían trastocado los viejos ideales guerreros y los códigos éticos ligados al heroísmo caballeresco. La guerra se mostraba con su horrendo rostro como enorme mecano de devastación humana.

Estas sociedades de paz, cada vez más extendidas, se articularon en federaciones y ligas, tenían sus órganos de prensa, sellos editoriales, militantes y simpatizantes. Cada

vez, más intelectuales, literatos y hombres de negocios se unían con sus propuestas y proyectos con el fin de alcanzar una paz universal. Aún no se trataba de un movimiento social, eran sólo élites preocupadas, con cierta influencia social. Sin embargo, sus libros, folletos y congresos nos han ofrecido un material extraordinario para construir una historia de la evolución de las ideas de paz en los albores de nuestra era contemporánea.

No se puede entender la construcción del pacifismo, como movimiento social, sin tener en cuenta estas «Peace Societies», como tampoco sin recoger las «sociedades abolicionistas» que, partiendo de la igualdad jurídica de todos los hombres, no podían soportar la existencia del esclavismo especialmente incompatible con los ideales liberales y democráticos de los grandes textos constitucionales. Un fenómeno nuevo se producía, la presencia de mujeres iluministas y librepensadoras, dentro del abolicionismo. Ellas impulsaron no sólo la igualdad racial sino que apuntaron otra realidad muy controvertible: la petición de igualdad entre hombres y mujeres. Uno de los orígenes del movimiento feminista estuvo en estas sociedades abolicionistas y filantrópicas. De ellas salieron debates y prácticas muy interesantes que contraponían la «razón de Estado» a la «razón ciudadana», y las maneras de resistirse al mal y a las injusticias sin tener que reproducirlas. Los ideales cristianos de «no resistirse al mal con el mal» y de resistencia civil ante procesos de deshumanización tendrían, un siglo después, importantes frutos. Sin duda, un cordón umbilical unía los aportes de un Henry David Thoreau con un Martin Luther King Jr.

De alguna manera, la carta de presentación del movimiento pacifista, en el siglo XIX, se concreta cuando los ideales de paz de las élites salen de esos estrechos márgenes y se extienden al naciente y creciente movimiento obrero, a través del socialismo utópico, el anarquismo y el socialismo científico. El internacionalismo, la crítica a la guerra como fenómeno asociado al capitalismo, la solidaridad con los pueblos colonizados, son marcos de

* Profesor Titular de Historia Contemporánea e irenólogo. Coordinador del presente número monográfico. Dirección para correspondencia: mariol@ugr.es

¹ La *Peace Research* (Investigación para la paz) es el campo donde se sistematizan y analizan las diferentes formas de la violencia (física, psicológica, cultural y estructural-sistémica), de la paz (negativa, cultura y positiva) y los conflictos (formas de contradicción incompatibles entre partes que pueden degenerar en violencia o arreglarse por vías pacíficas). Los *Peace Studies* (Estudios sobre la paz) son la materialización -en el mundo escolar y académico- del estudio de las violencias, las paces y los conflictos, su extensión como programas y asignaturas en los diferentes niveles de la enseñanza oficial o extraoficial. Una de las características de este campo, no sólo es el diagnóstico y estudio de estos fenómenos sino su pronóstico y, especialmente, la aplicación de ideas y propuestas médico-terapéuticas, esto es, que la ciencia y conocimiento que se produzca sea aplicado para mejorar las condiciones para la paz y reducir las escaladas de la violencia.

referencia incuestionables; pero no lo serán menos las ideas sobre el antibelicismo, el antimilitarismo y el antiarmamentismo que se van a ir desarrollando durante la Segunda Internacional como respuesta a las políticas de los Estados-nación en materia de servicio militar obligatorio, preeminencia del lobby militar en la política exterior o la carrera de armamentos para el dominio geopolítico. Estos temas acabaron siendo nodulares al pacifismo y éste no se puede entender sin ellos. Cómo se interpretaron y plasmaron, en acciones colectivas o individuales, tales argumentos es una historia larga, compleja y tortuosa que dividió al propio movimiento obrero, una muestra de ello fue la Gran Guerra. Tras ella el movimiento pacifista se desliga de la herencia obrera, sin renunciar a ese pasado, pero procurando trascender el fracaso que supuso que obreros de distintos países se enfrentaran encarnizadamente bajo el fuego de obuses y atrapados en trincheras. Una vez más, el feminismo salvaría los muebles.

Gracias a los múltiples testimonios de muchos soldados que estuvieron en la Gran Guerra -de alguna manera era la primera generación de reclutas que sabían leer y escribir en la época contemporánea-, podemos reconstruir muchas ideas de paz desde la conciencia de la crueldad de la guerra, la incompetencia militar o la imposibilidad de vencer a la tecnología asociada a la muerte. El pacifismo, el gran derrotado en la conflagración mundial; sin embargo, creció y se alimentó de nuevas internacionales: la *Women's International League for Peace and Freedom* (WILPF), en 1915, la *International Fellowship of Reconciliation* (IFOR) de 1919, la *War Resisters' International* (WRI) de 1921, o el *International Committee for the Co-ordination of Pacifist Forces* (ICCPF) de 1927. Todas estas internacionales del feminismo pacifista, de los líderes cristianos contra la guerra, de los objetores de conciencia a la conscripción militar, o de los comités de fuerzas pacifistas fueron el resultado de aquellos esfuerzos. Lo sorprendente es que todas estas organizaciones, hoy día, siguen trabajando y existiendo.

Nos centramos mucho en Europa, sin embargo, en las colonias surgió la sistematización política de una doctrina vieja: la noviolencia. En Sudáfrica, un abogado indio, de aspecto diminuto presentó, en septiembre de 1906, la resistencia civil al poder colonial británico, la *satyagraha*. Mientras el mundo europeo se debatía entre liderazgos totalitarios y fascistas, Stalin, Hitler y Mussolini, en la India surgía una nueva forma de movilización de las masas sin proletariado y sin violencia. El desarrollo de la *satyagraha*, resistencia y ética juntas, comenzó inadvertida hasta que creció hasta tal punto que comenzó a hacerse visible. Más allá de lo que supuso para el mundo de entreguerras una tercera vía, contraria a los totalitarismos y más allá de los marcos estrechos de la democracia parlamentaria elitista, Gandhi, sin pretenderlo, ofreció un enorme repertorio de medios para la consecución de los fines del pacifismo. Nació el pacifismo de la noviolencia, un nuevo concepto que iba más allá del pacifismo decimonónico y clásico, esto es, más allá de la lucha contra la violencia directa y su máxima

expresión: la guerra. La noviolencia era también una negación y una búsqueda de alternativas a otras muchas formas de violencia y dominación.

Tras la Segunda Guerra Mundial se produce un fenómeno muy interesante para el pacifismo como movimiento social generador de teoría y no sólo de poder social hecho acción colectiva. Es evidente que el pacifismo ayudó a que naciera la Investigación para la paz (muchos centros e institutos estaban al frente de académicos que eran, ¡en sus ratos libres!, activistas de la paz), sino que ésta va a ofrecer argumentos muy sólidos y análisis muy críticos sobre el «problema de la guerra y las vías de la paz» (por usar el título del famoso libro de Norberto Bobbio), justamente, puestas al servicio del pacifismo. Si bien en una primera etapa la Investigación para la Paz sigue muy ligada al estudio de las guerras, desde métodos cuantitativos y cualitativos, no es menos cierto que lo hace desde una posición crítica, normativa y no neutral. Los científicos no dejan de serlo porque hagan una ciencia al servicio de la humanidad y de la paz.

Los años 60s y 70s, son una explosión de ciclos de protesta, en la que los movimientos pacifistas (en sus diferentes perfiles organizativos y versiones nacionales) están presentes. La lucha por el desarrollo, la democracia, los derechos humanos y el desarme nuclear son los grandes ángulos del marco pacifista. Los intereses de la Investigación para la paz -ya instalada en universidades, grandes centros de investigación y fundaciones de la sociedad civil- son coincidentes con ese marco.

Cierto es que resultaron más visibles en esa época los movimientos contra la guerra de Vietnam, la contracultura de Mayo del 68, la represión en Hungría o la intervención militar en Checoslovaquia. Sin embargo, ya a finales de los años 70s y principios de los 80s, lo que comenzaron -en los años 50s- por ser pequeños grupos de activistas contra las armas nucleares, se acabaron por convertir en grandes movilizaciones de masas, cientos de miles de manifestantes, comités, clubes, asociaciones y organizaciones de todo tipo inclinaron el pacifismo hacia una respuesta contra la instalación y renovación de nuevos artilugios nucleares militares en el viejo continente. En esa Europa resonaban frente al «Protect and Survive» («Protégete y sobrevive», un programa británico de defensa civil frente a un inminente ataque nuclear), un más atronador: «Protest and Survive» («Protesta y sobrevive», un panfleto escrito por el historiador y pacifista Edward Palmer Thompson, paradigma de científico hecho activista) que era un canto a la esperanza de que sólo las protestas persistentes y organizadas permitirían a Europa salir de la amenaza constante de una guerra nuclear.

El mundo estaba a las puertas del invierno nuclear y del programa «guerra de las galaxias»; y, la Investigación para la paz centraba buena parte de sus análisis sobre este asunto y sobre las guerras en la periferia bipolar de los imperios. Ni los diplomáticos, ni los políticos, ni los

científicos sociales, ni los irenólogos se dieron cuenta que buena parte de ese mundo se vendría abajo por algo tan simple como una desobediencia civil masiva: el Muro de Berlín se caía, el apartheid se desmoronaba y parecía que Historia llegaba a su etapa final. La irenología interpretó estos acontecimientos como el triunfo del «poder del pueblo», se abrieron amplias expectativas para los «dividendos de la paz», para la profundización en los derechos humanos y para una visión más consciente del desarrollo con rostro ecológico.

La caída del Muro, sin embargo, no provocó el desmoronamiento de la realpolitik, de la visión del mundo como un teatro de luchas por la supremacía, del derecho absoluto del más fuerte, o de la desvinculación de la política de todo límite moral. Tras unos primeros años de esperanza, sucesos como la invasión de Irak, la intervención en Afganistán, el ataque a las Torres Gemelas o lucha contra el terrorismo global nos retrocedía a un mundo de glorificación de la violencia, del dogmatismo fanático o el desprecio del más débil. De alguna manera, la Investigación para la Paz está desorientada por los golpes de efecto de los estudios sobre Seguridad y Defensa, tal vez después de muchas décadas el mundo académico y los think tank no han estado tan en manos de las élites políticas y económicas que dicen qué se ha de investigar y cómo. Algo similar se puede decir del pacifismo clásico, al menos después de las grandes movilizaciones de 2003, ¿dónde está? ¿se le espera?

Si bien no todo es negativo, ya mucho antes de la caída del Muro se estaba produciendo un fenómeno poco perceptible: el pacifismo se estaba transformando en movimientos sociales por la paz, es decir, buena parte de él, de su militancia, se estaba volcando en múltiples ONGs que trabajaban una infinidad de temas en apariencia secundarios a las guerras y el armamentismo nuclear (erradicación la pobreza extrema, desarrollo de energías sostenibles, estudios sobre el cambio climático, igualdad de género y empoderamiento de las mujeres, educación primaria universal, justicia transicional, seguridad humana, universalizar la atención primaria en salud, el combate contra las pandemias, etc.).

¿Qué dirección tomará el pacifismo hoy? Parece que las viejas agendas (contra el armamentismo, el militarismo y el belicismo) no han muerto del todo, y tendrán que seguir planteándose luchas en este sentido, máxime cuando las nuevas tecnologías usadas para combatir, mediante la violencia, a otras violencias están ahí. Tampoco parece previsible que en un mundo donde muchas instituciones, que toman importantes decisiones, son demasiado grandes y distantes frente a los problemas de los excluidos y los marginados, tendrán un espacio de trabajo las ONGs. Asimismo, en un mundo cada vez más globalizado, no sólo los Estados, los organismos internacionales y las empresas transnacionales tienen algo que decir, se abren camino grupos e «internacionales» de la sociedad civil solidaria y comprometida, son nuevos actores vigilantes y críticos con

el mal uso de la política. Las micro, meso y macro resistencias de muchos grupos sociales (clases populares, indígenas, mujeres, afrodescendientes, intelectuales radicales, etc.) no paran de producirse.

Prefiero pensar que se abren tantas incertidumbres y problemas como oportunidades para vivir de otra manera en el mundo.

En este sentido hemos querido, con este dossier sobre la paz y el pacifismo, acercarnos a un fenómeno tan complejo como desconocido y cargado de tópicos. Esperemos conseguir atraer el interés de lo que, en realidad, es parte de la construcción de una Historia Social de la Paz.

Una Historia Social de la Paz, construida por la gente común y corriente. En realidad no debería verse como una Historia Social totalmente nueva, siempre ha existido, otra cuestión es que no ha habido gran interés –entre las grandes corrientes de la historiografía- en fijarse en ella, de enfocar la mirada, de orientar el análisis y de explorar en ese gran laboratorio que es la Historia. Por eso podemos, al menos en la etapa contemporánea, construir, pieza a pieza, un enorme puzzle que nos pueda ofrecer la dimensión de otros paisajes que estaban ahí sin verlos.

Esa Historia Social de la Paz nos debe enseñar cómo funciona por dentro el orden y la lógica del sistema capitalista sobre armamento, guerras y ejércitos, así como las formas de movilización y construcción de imaginarios contrarios a ellos. En un sentido más amplio, todo ello formaría parte de la construcción contemporánea de la dignificación humana como proceso, como parte de las luchas, rebeldías y defensas populares, y no una meta alcanzada o un ideal utópico (e inalcanzable). Cada generación ha de encontrar su lugar y su espacio en esa lucha, dando sentido a ese combate por la redención.

Este dossier es sólo una pequeña parte de las múltiples ideas y prácticas *sociales* de la paz; de las historias sobre desarme, anti belicismo y antimilitarismo; sobre múltiples formas de resistencia y desobediencias civiles protagonizadas por movimientos pacifistas, intelectuales, líderes y lideresas en la lucha por los derechos humanos. Así como grupos sociales, invisibilizados e ignorados (afrodescendientes, indígenas, minorías, etc.) por el discurso hegemónico. Sectores de extracción popular y ciudadana que han protagonizado un proceso de empoderamiento extraordinario, generando incluso nuevas epistemologías y saberes que reinterpretan acontecimientos y reconstruyen los relatos de la historia.

Es sólo un acercamiento a una Historia Social de la Paz, a través de la teoría y la acción de los movimientos pacifistas, que dialoga con otras disciplinas en las que, también, se han ido definiendo las fronteras y hallazgos sobre la construcción de la paz, en la pedagogía, la sociología, la antropología, la ciencia política, la psicología social y un largo etcétera.

Francesco Pistolato, profesor externo del Instituto de la Paz e irenólogo de la Universidad de Udine (Italia), ha realizado un trabajo sobre «Alemania y la superación de traumas. Del militarismo al pacifismo» que nos sitúa en una tesis muy interesante sobre cómo una sociedad militarizada y golpeada por la guerra puede tomar otra trayectoria y apostar por la paz. El camino no estuvo, ni está, exento de problemas. El estudio de Pistolato explica los porqués del militarismo alemán, y cómo el pacifismo académico de personajes como Theodor Ebert, teórico de la defensa civil sin armas, el politólogo filo-anarquista Ekkehart Krippendorff, ambos de la Universidad Libre de Berlín, y el físico Hans-Peter Dürr y su postura de una ciencia responsable, han influido poderosamente en activistas como Petra Kelly y los *Die Grünen*.

El profesor de la Universidad de Granada, Mario López-Martínez, rescata cómo se construye el «coraje cívico» entre los pacifistas a través de los cuerpos y servicios civiles de paz, una historia bastante desconocida. Estas experiencias de intervenciones internacionales no violentas (cuyo precedente estuvo en el Santhi Sena gandhiano) se mueven entre la elección racional de lucha contra los paradigmas dominantes y las motivaciones empáticas del humanitarismo. El perfil psicológico de estos activistas es repasado a través de la

historiografía de la no violencia.

El investigador Daniel Martínez Bernal plantea un estudio sobre cómo han atravesado las ideas pacifistas y no violentas a la comunidad de indígenas Nasa en Colombia. Su trabajo concluye que si bien hay puntos de unión y agendas comunes, son más las cosas genuinas y propias de la cosmovisión indígena que se inclinan hacia la resistencia no violenta de base histórica gandhiana que prácticas propias de movilización de masas de los pacifismos de base social obrera, estudiantil o feminista.

Finalmente, el trabajo «Los dividendos de la paz» de la irenóloga belga por la Universidad de Lovaina, Chloé Meulewaeter, nos acerca a ese periodo histórico tras la caída del Muro de Berlín en el que la Investigación para la Paz detectó una reducción significativa del gasto militar y de defensa a escala planetaria. Ello ofreció oportunidades para que se transfirieran dichos gastos a la inversión social (salud, educación, políticas sociales), así como se planteaba un desmantelamiento de la industria militar y de multitud de bases militares. La realidad fue otra. La explicación es que el comercio de armas, el segundo en volumen del sistema capitalista, es tan atractivo que poco importa que las armas maten y sean la leña que permite mantener el fuego de las guerras encendido.